

CAMPESINADO Y ELECCIONES

Miguel Angel Ciaurriz, oar*

CON PERMISO

No sé si *Estudios Sociales* puede permitir que entre sus páginas se cuele un trabajo cuyo único soporte lo constituyen las "impresiones personales" del autor sobre el tema.

Temo que la rigurosidad científica y metodológica, propias de toda revista como ésta, no van a ser muy respetadas en este caso. Esta advertencia me parece necesaria porque no es mi intención engañar a nadie.

La Redacción me encargó unas páginas sobre "CAMPESINADO Y ELECCIONES" y, además, con la insistencia de que fueran mis impresiones personales. Debo confesar que sólo así me atrevo a escribir sobre este tema. No soy especialista en nada y mucho menos técnico en materias agraria y política.

Tampoco sé muy bien quién sería la persona más adecuada y técnica para hablar de campesinado y elecciones. Supongo que, tal vez, algunos campesinos.

DOMINICANOS DE SEGUNDA CATEGORIA

No recuerdo su nombre, aunque tampoco importa para lo que viene al caso. Era un joven que vivía, y supongo que aún vive si es que ha sido lo suficientemente paciente, en un campo de San Cristóbal. "Me pidió bola"; eran las diez de la mañana. Me dijo que iba para la universidad y que tenía clase a las once.

Sé del trabajo que pasan estos jóvenes campesinos o hijos de

(*) Sacerdote agustino. Trabaja en la parroquia de San Cristóbal. Estudia periodismo en la UASD.

campesinos que, por vivir relativamente cerca de la Capital, se acogen a sus ofertas. Sin embargo, nunca sospeché que el sacrificio fuera tan grande, y tan heroico.

El joven de quien hablo me hizo un pormenorizado recuento de lo que había sido su día anterior. Temprano salió para Santo Domingo y tomó la clase de las diez. En la UASD estuvo hasta el cierre, las diez de la noche. A esa hora cogió para el Parque Independencia, donde paran las guaguas de San Cristóbal.

Escasean las guaguas a esas horas de la noche, me dice; y hasta pasadas las 11:30 no llegó a la ciudad sureña. Un motor, de esos del motoconcho, por un peso lo acercó hasta La Toma. Lo que restaba de camino lo hizo a pie, con las botas en la mano para evitar ser confundido con un furtivo ladrón.

Llegó a su casa poco antes de las tres de la madrugada. Unas horas después se repetía nuevamente el mismo ciclo que el día anterior.

Retengo textual una frase que dijo como resumen de todo: "los del campo pasamos trabajo porque somos de segunda categoría".

No es agradable sentirse dominicano de segunda categoría. No es, tampoco, muy afortunada una división social en clases tan simples como ciudadanos de primera que viven en la ciudad y ciudadanos de segunda que viven en el campo. Y no lo es porque algunos de esos supuestos ciudadanos de segunda que viven en el campo, en realidad, lo son de primerísima clase pues, entre otras cosas, no pasan el trabajo del joven del que hablo para ir a la universidad. Y tampoco lo es porque muchísimos, la gran mayoría más bien, de los dominicanos y dominicanas de la supuesta primera categoría, en realidad no son tales, pues aun a pesar de vivir en la ciudad están pasándola tan mal como los campesinos y, cuidado, si peor.

Pero, afortunada o desafortunada, una división tan simplista, lo cierto es que el campesino hoy se siente ser un ciudadano de segunda; siente que no es importante para nadie fuera de él mismo.

Si he comenzado con la visión de este joven campesino sobre sí mismo y su clase es porque me parece un punto de partida adecuado para la reflexión del tema que nos ocupa: campesinado y elecciones.

¿PUEDEN LAS ELECCIONES REMIDIR ESTA SITUACION?

Tengo la impresión, más bien la certeza, de que el campesino en general no está entusiasmado con las elecciones de mayo próximo. De todos modos, su indiferencia, aunque parezca una contradicción, no significa que el campesino no se vaya a involucrar en el

proceso electoral. Como "buen ciudadano" que es, votará y hasta participará en algunos mítines.

La indiferencia de que hablo, a mi juicio consecuencia lógica de la frustración por las anteriores ediciones electorales, es, más bien, expresión de un cierto fatalismo. Quiero decir que el campesino sabe que no tiene nada que buscar en las elecciones. Sabe que el próximo gobierno, sea el que sea, no va a conseguir que las gentes del campo dejen de ser ciudadanos de segunda y alcancen la primera categoría.

No creo mentir si afirmo que el campesino está, aunque no lo diga, plenamente convencido de que las elecciones no pueden redimir su situación.

Los del campo dicen que para los que viven en la Capital, por ejemplo, siempre existe la posibilidad de que si su partido gana, encuentren un "trabajito" que les asegure un sueldo durante cuatro años. El abanico de posibilidades parece más amplio: empleado del Ayuntamiento, de Obras Públicas, etc.

Por el contrario, si el partido al que pertenece un campesino gana las elecciones, él no tendrá la misma suerte que sus compañeros de la ciudad. Si acaso, de vez en cuando podrá formar parte de las brigadas que arreglan las cunetas de los caminos y, si está muy metido dentro del partido, lo que no es muy común, podrá beneficiarse con la Reforma Agraria.

TANTO VA EL CANTARO A LA FUENTE

...que al final se rompe. Creo que la indiferencia del campesino ante las elecciones generales de mayo próximo es el resultado de un proceso de aprendizaje, de esos duros y contundentes como el de "la letra con sangre entra".

Del 1962 al 1986 han sido seis las veces que a los dominicanos se les convocó para votar y elegir democráticamente sus representantes. Y han sido seis, también, las veces en que los campesinos se han sentido engañados; "ninguneados", me decía uno.

Tienen muy claro que si los distintos gobiernos, reformistas primero y perredeístas después, hubieran cumplido una mínima parte de lo que prometieron, los campesinos serían hoy dominicanos como los demás. Hay que señalar, además, que han afinado su capacidad para desenmascarar el fraude de los líderes.

Y para muestra valga un botón: ¿cómo evalúan los campesinos la política agraria del actual gobierno?, ¿cuáles de las promesas electorales se cumplieron?

Comencemos primero por recordar, en síntesis, lo que se

prometió a los hombres y mujeres del campo cuando el Dr. Jorge Blanco aspiraba a la primera magistratura del Estado.

El actual Presidente de la República formalmente se comprometió a realizar de 8 a 10 mil asentamientos de familias campesinas anualmente, lo que, al cabo de cuatro años, supondría la respetable suma de 32 a 40 mil familias beneficiadas con la reforma agraria.

Dicen los campesinos, porque recuerdan muy bien las promesas, que de las 25 mil viviendas que prometieron construir cada año, 15 mil se levantarían en el campo.

Con respecto a la repoblación porcina, recuerdan que se dijo con mucha insistencia que como el puerco era "la alcancía del pobre", el gobierno haría que cada familia tuviera el suyo.

Además de éstas hubo otras promesas menos específicas, y por lo tanto más ambiguas, que hacían referencia a los servicios que el Estado está obligado a brindar a sus ciudadanos: escuelas, clínicas, caminos vecinales, etc., formarían parte de este capítulo de promesas.

¿QUE FUE DE TANTA PROMESA?

Sobre la reforma agraria que debió beneficiar a unas 40 mil familias, dicen los campesinos que llevan control de lo suyo, que no llegan ni a 10 mil los asentamientos reales efectuados por el Gobierno de Concentración Nacional, aunque la cifra oficial sea más abultada.

Parece que esto de "asentamientos reales" es el quid de la cuestión porque, según los campesinos, hay otros asentamientos que no lo son, pero que el gobierno los presenta como tales. Y distinguen entre "asentamiento" y "saneamiento".

Sanear, me explican, es quitarle, por ejemplo, a un campesino, anteriormente asentado, su tierra, bien porque al no disponer de crédito no la ha puesto a trabajar, o porque la tierra que le entregaron le queda tan lejos que no ha podido hacerse cargo de ella; y se la entregan a otro campesino. De este modo se abulta la cifra de campesinos asentados, quedando igual la tierra incorporada a la reforma agraria.

Otra forma de abultar el número de asentamientos dejando igual los reales, es lo que un dirigente campesino me explicaba como "el camuflaje de la subdivisión". La operación es simple: se subdivide una parcela ya entregada y se reparte entre dos o tres nuevos campesinos. De este modo, donde había una parcela hay, en lo adelante, tres o cuatro.

La estrategia del camuflaje abarca también la entrega de títulos o

legalización de propiedades. Se anotaba, me indicaba el dirigente campesino, como asentados a aquellos campesinos que han venido trabajando por decenas de años tierras de las que no tienen ningún título. En este caso, una simple formalización legal abulta también el número de asentamientos oficiales ficticios dejando iguales los reales.

Por último, el mismo dirigente me señalaba que era relativamente frecuente la entrega de títulos vacíos o sin tierra.

Todo esto, a juicio de los campesinos, hace que los 40 mil asentamientos prometidos sean, realmente, unos 10 mil de acuerdo a sus cálculos.

Sobre las 15 a 25 mil viviendas que se prometieron para el campo, y a falta de un conocimiento objetivo de lo ocurrido a lo largo de toda la geografía nacional, los campesinos y dirigentes con quienes he hablado al respecto, todos ellos de la región sur central, dicen que en su zona no se ha levantado ni una sola vivienda para campesinos.

Y sobre la repoblación porcina señalan que desde un principio el gobierno se mostró remiso a beneficiar con ella a los campesinos, que eran sus legítimos destinatarios. Por el contrario, fueron muchas las denuncias de que los puercos estaban llegando a manos de perredistas, de militares y de campesinos, tan sólo a aquellas asociaciones controladas por la Secretaría de Agricultura. En reclamo de lo suyo los campesinos, sobre todo a través del Movimiento Campesino Independiente (MCI), debieron librar un plan de lucha que, hay que reconocer, fue bastante eficiente.

UNA LECCION BIEN APRENDIDA

Si la evaluación que los campesinos hacen de las últimas promesas electorales se resume en lo que se acaba de señalar, resultará lógico concluir lo que se dijo antes: que, ciertamente, el campesino sabe que nada tiene que buscar en las elecciones porque lo que en agosto va a ocurrir no hay por qué pensar que sea distinto a los otros seis agostos anteriores.

Tan frustrante como real me parece a mí, al menos, esta conclusión. Frustrante, real y, a largo plazo, peligrosa porque significa que los políticos, por el mero hecho de serlo, están desprestigiados ante los campesinos y, sin pretender exagerar, me atrevo a decir aquí que hay un creciente desprecio por ellos.

Cambiar esto no lo van a conseguir con nuevas estrategias de propaganda orientadas al mejoramiento de la imagen. Se ha dado el caso de partidos que procuran candidatear, por ejemplo, a cristianos respetables y de cierto liderazgo en una comunidad. Si éstos

aceptan, por lo general, son calificados como renegados, traidores o vendidos.

Puede que, de todos modos, alguna de estas propagandas logre ser tan eficaz que borre de la mente de los campesinos una lección aprendida durante 20 años de engaños y chantajes y con seis exámenes extraordinarios.

Y ENTONCES, ¿POR QUE VOTAN?

Señalaba antes que la indiferencia con que el campesino observa el actual proceso electoral no significa que éste no se vaya a involucrar en el mismo. La lección bien aprendida durante 20 años de que nada tienen que buscar en las elecciones no va a materializarse en un masivo abstencionismo del campesino en mayo. Parece una contradicción, pero en realidad no lo es tanto.

Para responder a la pregunta de por qué votan entonces los campesinos, si están seguros de que nada van a conseguir, me parece oportuno, primero que nada, distinguir tres tipos de campesinos:

- a) Los que están más o menos claros y conscientes y tienen una capacidad y práctica de discernimiento que les permite hacer análisis de la realidad con cierta profundidad.
- b) Los campesinos que, aun sabiendo que nada van a conseguir para ellos, votan como quien juega lotería conscientes de que no hay ninguna posibilidad, o casi ninguna, de que salga su número.
- c) Un tercer grupo, en honor a la verdad, creo que el más numeroso, lo conformarían los campesinos -"tapaos" los calificaba un dirigente- que por no estar asociados o por estarlo indebidamente, tienen en blanco su nivel de conciencia y se encuentran totalmente ajenos a lo que suponen y representan las elecciones para un país en general y para un determinado sector social. Saben, tan sólo, que eso no va con ellos.

No importa a qué grupo pertenezcan, unos y otros campesinos votarán en las elecciones de mayo por uno u otro partido; y lo harán, considero yo, por motivos que podríamos calificar de "patrióticos", -y pongo patriótico entre comillas porque el patriotismo debe ser necesariamente otra cosa que eso. Votarán, no por sacar adelante la oferta política que mejor represente o garantice la defensa de sus intereses.

Cuando digo que el campesino, a pesar de todo, votará por "patriotismo", me refiero a que para ellos votar es un deber ciudadano más, como lo es respetar los símbolos de la bandera nacional

o la fecha del 27 de febrero. Obedientes y sumisos a todas las normas sociales, lo son también ante las elecciones.

¿QUE HACER?

Hasta ahora no hay programas. Los candidatos de ningún partido, en lo referente a cuestión agraria, han dicho otra cosa que meras aclaraciones de buenas intenciones. Buenas intenciones que van desde el ya clásico "en lo adelante el campesino va a ser tenido en cuenta por nosotros cuando llegemos al poder", hasta el no menos clásico, "de ganar, nosotros realizaremos reformas revolucionarias que devolverán al hombre del campo la dignidad injustamente arrebatada hasta ahora".

No hay nada que permita tomar nota de tales declaraciones como algo distinto a lo que han sido en ediciones anteriores las promesas a los hombres del campo.

Lo que va a ocurrir, gane quien gane las elecciones, es que, en lugar de entregar tierras a 10 mil familias campesinas cada año, se incrementarán las agroindustrias que, con la excusa de generar divisas por concepto de exportaciones, van a seguir incrementando el desplazamiento de mano de obra campesina y provocando su deserción masiva.

Pasados los primeros deslumbramientos de las ventajas de la agroindustria, que ha sido el modelo de desarrollo seguido por este gobierno perredeísta aunque iniciado por los anteriores; quienes a diario tenemos contacto con los campesinos percibimos que éstos ya no tienen acceso, como antes lo tenían, al crédito agrícola porque se da preferencia a las compañías agroindustriales.

Vemos también que buenas tierras que podían ser incluidas en la reforma agraria para dar trabajo a miles de campesinos, se entregan a compañías extranjeras para que produzcan tomate, piña, melones, palma africana. Esto deja a los pequeños y medianos productores en una desventajosa inferioridad de condiciones pues no pueden colocar en el mercado ni tanto ni tan buen producto. Una competencia desleal a todas luces.

Recuerdo que un campesino me decía que cualquiera de sus mejores piñas era de peor calidad que las peores de la compañía Fudoca que se venden en el mercado local al no poder exportarse.

POR UNA MEJOR PRACTICA POLITICA

El problema del campo, o mejor, de los campesinos, desde el punto de vista de las elecciones, es mucho más complejo de lo tratado hasta aquí. Supongo que estas páginas debieran cerrarse con referencias concretas y sugerencias al próximo gobierno para que

realice mejoras en las condiciones de vida de estos dominicanos de monte adentro, tan dominicanos como los demás.

Tampoco hay que calentarse demasiado la cabeza para saber qué hacer. No es necesario señalarlo aquí. Bastaría con que se cumplan algunas de las promesas anteriores sin hacer ninguna nueva esta vez.

Un buen programa de gobierno para el campo, que lograría mucho de lo hasta ahora no conseguido, sería, como me apuntaba otro dirigente campesino, poner a funcionar las actuales leyes agrarias que rigen en el país. En realidad, no hay por qué ponerse a inventar.

Hay que desviar el punto de mira. No hay por qué esperar mucho de los partidos y de sus gobiernos. Creo que quienes deben espabilarse son los propios campesinos y revisar sus actuales niveles de práctica política. Si quieren mejorar habrán de ser, necesariamente, más coherentes.

En cualquier sector social las áreas económica, política y de organización se interrelacionan y obedecen, por lo general, a un mismo proyecto global. Esto no sucede en el campo dominicano donde un campesino que, por ejemplo está afiliado y se "faja duro" dentro de su asociación adscrita al Movimiento Campesino Independiente -políticamente situado a la izquierda por quienes orientan la opinión pública-, en cuestiones de política partidista inclina sus simpatías, y en mayo su voto, hacia un partido políticamente situado al centro o a la derecha y que difícilmente se va a sentir seriamente comprometido a satisfacer las exigencias y reclamos de su asociación. A simple vista parece una contradicción.

Hasta tanto los campesinos no logren diseñar y poner en práctica un proyecto político global más coherente seguirán votando "patrióticamente" cada cuatro mayos, conscientes y seguros de que nada resuelven con eso.

Y seguirán considerándose dominicanos de segunda categoría.